

# DE ALGUNOS HECHOS, SUCESOS, ANÉCDOTAS Y OTRAS NOTICIAS RELACIONADAS CON LA CIUDAD DE ÉCIJA, ENCONTRADAS EN LAS HEMEROTECAS ESPAÑOLAS.

(Capítulo XXI)

Marzo 2017  
Ramón Freire Gálvez.

Vuelvo a las noticias de las hemerotecas relacionadas con Écija, una vez que he podido preparar varias de las muchas encontradas y lo retomo con una publicada en ***El Diario de Alicante del día 16 de Abril de 1933***, que nos informa de la justicia que, por su propia mano, se tomaron los familiares de una joven y dice así:

“Muerto a palos. Écija. Víctima de una bárbara agresión, resultó muerto Manuel Rodríguez, de 30 años, chófer, que hace unos días raptó a una agraciada joven. Los familiares de esta encontrándose con Manuel y sin mediar palabras, le asestaron varios golpes en la cabeza y cuello con un hierro, dejándole herido de tanta gravedad, que poco después falleció cuando se le iba a prestar asistencia en la Casa de Socorro. El agresor y un hijo suyo, han sido detenidos”.

La situación en la España de 1933, no era de bonanza, más bien al contrario, había mucho paro y hambre en su población. Écija, no estaba al margen de ello y para muestra un botón, como nos testimonia la noticia publicada en ***La Correspondencia de Valencia del viernes 3 de febrero de 1933*** y dice así:

“Asalto. Antonio Luque denunció ante el Juzgado, que en la madrugada de ayer, unos desconocidos penetraron en una finca de su propiedad en Écija, mataron un novillo y lo descuartizaron, llevándose después”.

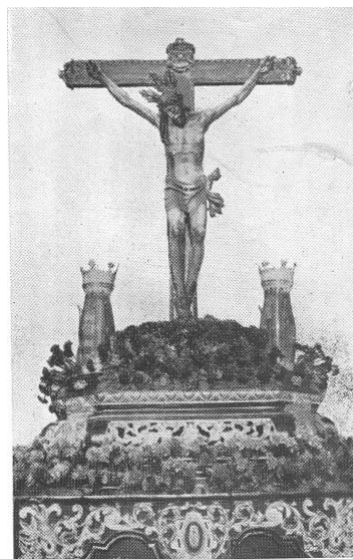
El dolor que causa la muerte de un ser querido, creo que no tiene medida y si además, el o los que quedan dependen de ese ser querido, el dolor y las consecuencias pueden ser incluso trágicas. Y eso es lo que le produciría al ecijano cuya noticia se refiere ***La Libertad del día 20 de Octubre de 1932***, cuando recoge lo acaecido y que dice así:

“Fallece su madre y se suicida. Écija, 19. En una finca rústica, propiedad de Mariano Torres, se ha registrado un doloroso suceso. Al tener conocimiento de que su madre había fallecido, José Romero Rivero, de cuarenta y un años, vecino de esta población, puso fin a su vida cortándose la yugular con una navaja barbera. El desgraciado Rivero se hallaba tullido desde hace treinta años y no tenía más persona que se interesara por él que su madre”.

Es normal que las hermandades organicen actividades lúdicas o festivas, tendentes a generar algunos fondos con los que cubrir sus necesidades. Que ello no es nuevo de la época actual, nos lo viene a confirmar la noticia que a continuación inserto y relacionada con la Hermandad de San Gil, a la que precisamente de siempre se le relacionó con el matador de toros Manuel Rodríguez *Manolete*, hasta el extremo de llevar este entre sus devociones, una

estampa del Cristo de la Salud (de ello su colaboración en el festival al que me voy a referir), hermandad por otro lado, que quizás haya sido pionera, además de la de más devoción, en nuestra ciudad, en celebrar un festival taurino para recaudar fondos, apareciendo dicha noticia en el periódico **Azul de 23 de Agosto de 1939** y dice así:

“Un brillante festival taurino en Écija. El pasado domingo se verificó en la plaza de toros de Écija, un brillante festival taurino a beneficio de la Hermandad del Cristo de San Gil, patrocinado por el General Jefe de la 31 División D. José Martín Prat. La plaza presentaba un lleno imponente. Se lidiaron cinco novillos cedidos por los ganaderos, Vázquez Hermanos, Lacoba, Artaza, Félix Moreno y Albaida. Julio García “Palmeño”, tuvo una completa actuación, con capote y muleta. Mató bien, concediéndosele los apéndices. Fernando Saco “Cantimplas Chico”, que



sustituía a Máximo Colomo por enfermedad de este, muy lucido con el capote y banderillas. Breve con la muleta y bien matando, recibió gran ovación. Paco Bernal, pasó a la enfermería al entrar a matar, despachando *Palmeño* el bicho, del que cortó una oreja. Pepe Lacoba tuvo una gran tarde. Filigranero con el capote y magistral con la muleta, fue aplaudidísimo. Con el estoque cumplió bien. A Paz Domínguez le cupo en suerte el mejor bicho. El muchacho se lució en todas las suertes, mostrándose valiente y torero. Finalmente la Banda “*Los Califas*” dio un concierto, despachando una becerra donada por los Herederos de García Pedrejas. De director de lidia actuó el diestro *Manolete*, bregando y banderilleando con acierto “*Zurito*”, “*Gallo*”, “*Barquero*”, “*Chiquilín*” y “*Guerrilla*”. Una sección de Regulares a caballo, corrió admirablemente la pólvora, cerrándose de esta forma el magnífico festival, por cuya organización felicitamos a los señores don Julio Soto, don Zoilo Duque y a su colaborador el teniente ayudante señor Doz”.

Lo del frío y el calor o lo del calor y el frío en Écija, siempre ha sido noticia, ya sea en verano o invierno, o viceversa, y así aparece recogido, una vez más, en la prensa española. En esta ocasión en **El Noticiero Gaditano del día 19 de Diciembre de 1933**, que dice así:

“De Sevilla. El frío en Sevilla y Córdoba es enorme. Sevilla. En la capital y pueblos de la provincia el frío que se deja sentir es intensísimo, habiendo registrado el observatorio de Tablada unas temperaturas de cuatro grados bajo cero y le sigue con igual temperatura Écija, dándose el caso de que las dos ciudades llamadas del sol, son las que batan el record de las temperaturas bajas. En Córdoba también hace mucho frío, pero tienen un grado



a su favor, pues tres grados disfrutaban más abajo del cero”.

Estamos de acuerdo que todo el mundo no acepta las bromas recibidas de la misma forma, pero de ahí a que la reacción de la persona objeto de broma, sea tan violenta como la que nos refleja la siguiente noticia, va un abismo, aunque quizás por la época en que ocurrió, agosto y verano ecijano, las neuronas estuviesen un poco alteradas, digo yo. Y ello aparece en el diario ***El Pueblo del domingo 29 de Agosto de 1932***, que dice así:

“Por una broma lo mata. Écija. Cuando paseaba por la calle de José Canalejas, Fernando Benítez, le salió al encuentro Emilio Fernández, diciendo:

- Ahora no te escapas.

Y le disparó un tiro matándole y dándose a la fuga. La agresión la originó una broma de mal gusto, que ayer le gastó Fernando a Emilio delante de varios amigos”.

Hace ya muchos años, existían en los cementerios públicos, dos secciones distintas para los enterramientos de los difuntos, o mejor dicho, dentro del propio cementerio, había una zona para los católicos y otra para los que no lo eran. En la convulsa España de los años 1930,



se llevaron a cabo actuaciones en distintas ciudades españolas, tendientes a suprimir lo anterior y así aparece recogido en ***La Libertad del día 29 de Diciembre de 1931***, la siguiente noticia:

“La igualdad ante la muerte. Derribo de tapias que separaban los cementerios católicos y disidentes. Sevilla 28. En Alcalá de Guadaíra y Écija, se celebraron con gran solemnidad, ceremonias con motivo del derribo de las tapias que separaban los cementerios católicos de los civiles de ambos pueblos. A estos actos asistieron corporativamente los Ayuntamientos de los dos mencionados pueblos. Se pronunciaron discursos alusivos al acto”.

Vamos ahora con las tristes y sangrientas guerras, que de siempre, desgraciadamente, han existido en este mundo y España no ha estado nunca al margen de las mismas. El caso concreto se refiere a la llamada Guerra de África, allá por el primer cuarto del siglo XX y en la que, lógicamente, entre los soldados españoles, participaron algunos ecijanos que incluso dejaron su vida en ellas. En esta ocasión, el ecijano que nos ocupa tuvo suerte, pero permaneció cautivo durante tres años, como se refleja en la noticia aparecida en ***Región del 24 de Diciembre de 1924***, que dice así:

“De la campaña. Tres años cautivo de los moros. Un caso de extenuación por hambre.

Conversando con uno de los licenciados que han regresado de la campaña estos días, hemos padecido un rato de honda amargura. El licenciado al que aludimos no es asturiano. Ni conoce Asturias ni oyó jamás mentarla hasta hace unos días. Es andaluz, nacido en Écija y cuenta a la fecha diez y

nueve años de edad. Se llama Segundo Mompío Gómez.

Es el suyo un caso extraordinario, merecedor de la publicad... y de que le examine con cariño y amor un alma buena.



Segundo Mompío, cabo de tambores del Regimiento de Melilla número 59 que estuvo prisionero en Axdir tres años. [Foto A. Lorenzo]

Nosotros hemos sabido que Segundo Mompío estuvo prisionero de los moros durante tres años, y esto nos ha movido a procurarnos con él una entrevista par a que nos refiriese algo de lo mucho que hubo de ocurrirle durante el cautiverio. En las primeras palabras advertimos que el empeño no iba a ser todo lo fructuoso que deseábamos.

Nuestro interlocutor tiene cara de niño y al mirarnos con los ojos como hinchados, caídos los párpados y sin vida en las pupilas, nos produjo una impresión dolorosa. Aquel gesto, revelador de una gran depresión física, es de hombre famélico, de quien ha padecido grandes y continuadas viglias.

No había más que cuando se le apremia y huye de sostener diálogo porque el cerebro no responde a la palabra. Se limita a contestar, pero antes de dar la respuesta inquiere dos o tres veces en la pregunta. Calla unos momentos, como si concentrase la imaginación para buscar alguna luz de

recuerdo en su cerebro atrofiado. Luego, contesta, pero con monosílabos y en tono sombrío.

Tratamos de infundirle confianza.

- Alégrate hombre, le decimos, que ya estás entre los tuyos. Ahora te pondrás bueno, comerás bien, comerás carne...

Clava en nosotros una ansiosa mirada de interrogación. Un momento pasa por sus ojos una chispa de luz. Es un instante. El cerebro vuelve al letargo. La cabeza se inclina hasta caer sobre el pecho. Mompío musita:

- He sido muy desgraciado señores. Pasamos muchas fatigas.  
- ¿Quieres referirnos tu caso?

Y lentamente, muy lentamente, empujadas las respuestas por nuestras continuadas preguntas, va descubriendo el velo que encubre su dolor.

Cuando ingresó voluntario en el regimiento de la Corona, que guarnece en Almería, contaba quince años. Un chiquillo, como tantos otros que se enganchan en los regimientos para ser tambores o cornetas.

Este pasó a la banda de tambores y formando parte de ella marchó a África con el primer batallón expedicionario de su regimiento.

En el famoso combate de Tizza, tan discutido, donde el General Cavalcanti se jugó la vida en el empeño de meter un convoy, se encontraban las fuerzas de la Corona. Combatieron tres días, continuamente, sin descanso. Segundo Mompíó fue destinado, en ciertos momentos difíciles de la lucha a formar parte de una guerrilla de segunda a tercera línea. Allí le hicieron prisionero los moros.



- Y ¿cómo fue?
- Na, que como llevábamos tanto tiempo sin pegar un ojo... pues me quedé un tanto así, como traspuesto ¿sabe usted? Y que despertó a los culatazos que me daba en el pecho un roío muro.

Queda prisionero e inmediatamente emprendió el camino hacia el interior en compañía de unos cuantos moros que le daban escolta. Anduvieron sin parar cuatro días, hasta llegar a Igueriben, distante ochenta kilómetros del sitio de la ocurrencia.

- ¿Te maltrataban los moros?
- No vaya usted a figurarse, poquita cosa nada más. Me pegaban con un palo, bueno, pero para que anduviera más de prisa.
- ¿Y comer?
- Pues nada más que tortas de maíz o higos chumbos. En tres años no comimos otra cosa.

En Iguiriben, por los primeros días del 21, se encontró con otros cuantos soldados, también prisioneros y juntos todos, emprendieron el camino hacia Alhucemas. En Axdir han permanecido y permanecen todavía bastantes hermanos nuestros en poder de los moros. Con Mompíó estaban 29 soldados y allá se han quedado todavía. Allí hacían y hacen los infelices una vida de esclavos. Desde que el sol apunta sobre la tierra hasta que se retira, trabajan sin descanso en la construcción de casas, de trincheras, de bóvedas subterráneas para librarse de los aeroplanos.



- ¿Los habéis visto alguna vez?

- Muchas, pero los moros nos metían a todos en una cueva, para que no nos hiciesen daño las bombas. Cuando marchaban volvíamos a trabajar.

Y así un día y otro, semanas, meses... Sin noticias de España, de sus familiares, del resto del mundo. Tal era su desorientación, que ignoraban por completo el día de la semana en que vivían. Allí estaban como bestias, a las que se les da de comer para que trabajen y se les obliga a trabajar a fuerza de golpes.

- ¿Os pegaban con frecuencia los moros?
- Uh, ya lo creo. Pero no para trabajar, nos pegaban porque chicoleábamos a las moritas.
- ¡Ah vamos!

- La cosa... que pasaba una mora por la vera nuestra y que uno le decía. Bueno, esas cosas que se le dicen a las mocitas. Para nada que venía luego un tío de aquellos con una soga que tenía unos plomos en las puntas y que además mojaban en el agua, atizaban cincuenta golpes, ochenta, ciento, como nos parecían.
- ¿Protestaban las moras de los requiebros de los soldados españoles?
- No

Como insistimos en que nos refiera algún episodio del cautiverio algo fuera de lo normal y monótona labor cotidiana, dice que solo recuerda el siguiente caso:

- Una mañana llegaron junto de nosotros dos o tres mulos cargados con música.
- Con música ¿dices?
- Si, con clarinetes, tambores, cornetas, bombardinos. Bueno y todo eso. Descargamos los mulos y nos reparten los instrumentos y dicen que tenemos que tocar. Señor, si no sabemos. Pues había que tocar y el que no tocaba palo más palo. Y claro que tocamos todos, poca gracia, Menuda ensalada de sonos.
- Pero ¿a los moros les gustaría mucho?
- Ya lo creo, como que bailaban y todo.
- Pero esto eran episodios fugaces, pronto volvían a la vida de la bestia de carga, a trabajar sin detenerse, a comer, solo dos veces al día, higos chumbos y tortas de maíz. Y así durante tres años.
- En todo este tiempo ¿tuviste noticias de tu madre?
- No, no señor, supe cuando me escapé en Melilla, que había muerto al año de estar ya prisionero. Se moriría llena de lágrimas, la infeliz...

El muchacho calla unos momentos. Ni llora ni parece conmovirse. Y es que no tiene sensibilidad. La formidable anemia que padece y que le atrofia los sentidos, es causa a atenuar el dolor de su desgracia.

Terminemos ya, relatando con toda premura la parte más sensiblemente triste y lamentable de esta odisea.

Mompíó pudo conseguir una noche, la del 5 de noviembre último, llegar arrastrándose hasta la playa de Axdir. Allí se lanzó al agua con el corazón saltándole del pecho por la alegría y la angustia. Nadando durante cuatro mortales horas, con un frío glacial, pudo llegar hasta la playa de Alhucemas. Después se le pasaportó para Melilla, donde se encontró sin plaza, porque había sido baja en el regimiento por desaparecido.

Ingresó en el de Melilla, ascendíéndole a cabo de tambores por méritos de campaña. También y por estos méritos, le fueron concedidas la medalla del sufrimiento por la patria, pensionada, dos cruces rojas y la medalla de la campaña. Todas las luce sobre



el pecho.

En su último destino estuvo poco tiempo. Extenuado por los sufrimientos y las privaciones, seriamente enfermó por desnutrición, nuestro interlocutor solicitó licenciarse. Quiso ponerse en cura, procuraba trabajo, ordenar su vida, garantizar el porvenir.

Al pueblo de su nacimiento no pensaba volver. ¿Para qué? Muerta su madre ya nadie podía esperarle. Está solo en el mundo, puesto que ni parientes tiene.

Consultó con algún compañero, quien hubo de aconsejarle que viniera a Oviedo. Aquí hay una fábrica nacional ¿por qué no habían de procurarles trabajo? Sus tres años de cautiverio, sus cuatro cruces, su hoja de servicios, deberían ser méritos suficientes para que le admitiesen en el centro fabril del Estado.

Pero como una cosa es la esperanza –que a veces está inspirada por la lógica- y otra muy distinta la realidad, nuestro hombre llegó a Oviedo, donde se encontró con que para ingresar en la Vega se requerían bastantes más requisitos del que había supuesto. Y, sobre todo, que era necesaria una espera totalmente imposible para él, que carece por entero de recursos.

Vuelve al ejército. Ahora tiene solicitado su ingreso en la banda de tambores del regimiento del Príncipe y mientras se le prepara la documentación, en el cuartel se encuentra y allí come. Cuando ingrese oficialmente en el regimiento, sin grado, de simple soldado, cuando esté ya en legal situación, podrá pasar al hospital y ponerse en cura. Hasta entonces, no. Máximo García”.



Con esta triste historia, fruto de las malditas guerras, que sufrió un ecijano en su propio ser, voy a terminar este capítulo, maldiciendo toda violencia de los unos hacia los otros, sea cuál sea el fundamento de su causa.